

Su contexto económico, social, político e ideológico

El sentido de la reforma educativa (I)

César A. Cascante

Profesor de Didáctica de la Universidad de Oviedo y maestro, coautor junto con José M. Rozada y Josetxu Arrieta del libro “Desarrollo curricular y formación del profesorado”. En la actualidad desarrolla diversos trabajos con grupos de profesores de diferentes niveles educativos, en un intento de unir la crítica ideológica y política con la práctica diaria de la enseñanza.

El propósito de este trabajo es relacionar la situación económica, social, política e ideológica de nuestro país con la reforma educativa y las medidas concretas que la configuran.

Los análisis realizados por los sociólogos críticos sobre la reforma emprendida por el Gobierno socialista a partir del año 83, no alcanzan a interpretar el sentido de las iniciativas concretas (política de formación del profesorado, creación de nuevos puestos, implantación de diseños curriculares, etc.). Los análisis radicales que presentan al sistema educativo como reproductor del sistema social quedan muchas veces formulados de forma general, sin hacer referencia a las actuaciones concretas de la Administración educativa, como si éstas no estuvieran cargadas de significado.

De esta forma se favorece la disociación entre el discurso general y teórico, y la práctica política, sindical y profesional; y también indirectamente los intereses reproductores del sistema que, ocultos tras un lenguaje legitimador, pasan en buena parte inadvertidos. En definitiva, se hace posible la convivencia armoniosa de la reproducción y la crítica a la reproducción.

Dividiremos nuestra exposición en cuatro apartados. En el primero de ellos, que titulamos **El marco social, económico y político**, señalamos las líneas generales de la evolución de estos aspectos en el contexto internacional para referirnos después a cómo se ha desarrollado la política neoliberal en nuestro país. En **el marco ideológico** señalamos algunos rasgos de la ideología dominante en nuestro país ligados al «modelo de vida occidental». En el tercer epígrafe (**la educación**) significamos la estrecha relación entre lo explicado en los apartados anteriores y los propósitos de la reforma, dirigidos a servir al sistema económico neoliberal y al desarrollo de la ideología dominante. Por último, analizaremos, dentro del marco trazado anteriormente, el sentido que se le puede otorgar a determinadas medidas reformistas. Es el apartado denominado **el sentido de las medidas reformistas**. Debido a la extensión del trabajo, lo he dividido en dos partes: en esta primera entrega desarrollo los dos primeros apartados y en la siguiente trataré de relacionar lo aquí dicho con los aspectos más específicamente educativos de los dos últimos epígrafes citados.

Las líneas que siguen son la primera elaboración de un trabajo que será desarrollado en los próximos tiempos. Mi deseo es contribuir con él a animar la discusión sobre aspectos de la realidad que deben ser analizados de forma integrada.

El marco económico, social y político

El PSOE obtiene una victoria electoral en el año 82 con un programa que contenía rasgos notables de una política socialdemócrata. Su propósito era el de promover el desarrollo del sector público de la economía para producir el despegue de la situación de crisis, al arrastrar tras de sí a la empresa privada. Paralelamente a esto, el Estado dedicaría fuertes inversiones y esfuerzos políticos para el mejoramiento de los ámbitos más sociales de su actuación: cambios profundos en educación, sanidad, vivienda, transporte, etcétera; es decir, aquellos aspectos que podían mejorar las condiciones de vida de la mayoría de los ciudadanos.

Sin embargo, en su toma de contacto con la realidad a través del poder, se produce rápidamente un giro profundo sobre la política propugnada en el programa electoral. De la política económica de impulso de la empresa pública se pasa a adoptar un planteamiento neoliberal que propicie el desarrollo de la empresa privada basado en detrimento de la pública, grandes beneficios para la patronal, despidos masivos, precarización del empleo o, incluso, empleo sumergido, negocios especulativos y/o fraudulentos.

Pero esta trayectoria no es más que una sintonización con las políticas conservadoras que se extendían por Europa y el «mundo occidental». La entrada de nuestro país en la CEE y en la OTAN debe ser interpretada como un paso más en la política neoliberal y sus consecuencias son, por una parte, entrar en un reparto de mercados en el que la asignación para España queda establecida por los intereses de los socios comunitarios más poderosos; y, por otra, asumir una mayor dependencia política y económica al estar integrada en la alianza militar de uno de los dos bloques. En definitiva, el margen de maniobra de la política española en todos sus aspectos se ve reducido al entrar a formar parte de esas dos organizaciones que suponen un camino trazado para el futuro.

La política económica en beneficio del sector privado de la economía supone en poco tiempo importantes cambios en la sociedad española. El fenómeno más general es el de una acentuación de las desigualdades sociales. Los sectores más desfavorecidos de la población se ven ampliados por un creciente número de parados y/o subempleados (empleos temporales y sumergidos) y por un aumento de los marginados. Por otra parte, un pequeño sector de la población va recogiendo los beneficios empresariales que año tras año se van incrementando, y aumenta de forma muchas veces espectacular su nivel de vida. En medio de estos dos grupos de ciudadanos, las clases medias soportan la crisis sufriendo más o menos intensamente sus consecuencias con cierta disminución de su poder adquisitivo y un creciente deterioro de algunas de sus condiciones de vida.

Podemos decir que nuestra sociedad en líneas generales se parece cada vez más en su estructura social, y también en otros aspectos que veremos más adelante, a la de nuestro «amigo americano». Se configura una sociedad más desigual, producida por la política neoliberal, que se estructura básicamente en tres grupos: el de las clases privilegiadas, cada vez más minoritaria, el de las clases medias y el cada vez mayor de los parados, subempleados y marginados.

Políticas similares en Europa tienen un mismo tipo de efectos, pero, sin embargo, no producen fenómenos de similar intensidad debido a que la situación de partida no es la misma. Gobiernos progresistas, a partir de la Segunda Guerra Mundial, propiciaron una serie de inversiones y conquistas sociales que ahora son difíciles de desmontar por los posteriores, y que hacen que situaciones de países como Francia, Inglaterra o Italia, por citar algunos, sean diferentes en este aspecto a la del nuestro (1).

Parece también que, en el conjunto del planeta, las consecuencias de la política económica neoliberal ha supuesto un fenómeno semejante de sometimiento en lo político y desigualdad en lo social. La situación de desigualdad norte-sur, el acentuamiento de la miseria en los países del tercer mundo, su deuda externa, producen un triple fenómeno en los países de Asia, África y América no desarrollados: por un lado, una creciente desigualdad entre las minorías privilegiadas y el resto de sus habitantes, una desigualdad de estos países con respecto a otros de los cuales dependen económicamente, al mismo tiempo que son explotados por ellos; y por último, y como consecuencia de lo anterior, unos condicionamientos políticos de tal magnitud que les hacen adoptar a muchos de ellos formas políticas de «democracia vigilada» por los intereses de las grandes potencias de occidente.

Todas estas circunstancias permiten que la política exterior de EE.UU. adopte una táctica diferente a lo largo de los años 80. Allí donde es posible hacerlo sin perder el absoluto dominio de la situación, el Gobierno norteamericano promoverá situaciones de libertades formales, con elecciones y partidos políticos, asegurando por uno u otro procedimiento un resultado favorable a sus intereses (2).

Se promueve así internacionalmente una exportación del propio modelo político de la sociedad norteamericana, y como consecuencia de ello la democracia es identificada con sus aspectos menos participativos y formales, incrementándose la importancia de los aspectos de «marketing» político. La democracia se reduce cada vez más a una continua venta de imagen en la que participan diferentes partidos en condiciones desiguales, lo que acentúa su vertiente manipulativa en detrimento de su realización como mecanismo de manifestación de los intereses de las mayorías.

Nuestro país, en relación directa con la política económica y social llevada a cabo, también acentúa este aspecto de la actividad política: campañas electorales con cada vez menos participación, aumento de la importancia de la imagen que cada partido se vaya creando, a través de los medios de comunicación (y por consiguiente, lucha desigual para el control y utilización de los mismos), etcétera. A estas circunstancias se le unen otras como son el desmantelamiento de los movimientos de participación ciudadana, un alejamiento progresivo de la vida política de sectores y personas que habían protagonizado la oposición de izquierdas a la dictadura, un clientelismo político sin precedentes en los últimos años, etcétera.

Podemos decir que a lo largo de los 80 en nuestro país se produce un desmoronamiento de la izquierda que, quizá, ya se estaba gestando anteriormente. Además de los elementos ya citados en este sentido, se consumará la crisis del principal partido de oposición de izquierdas al Gobierno, el PCE; y, por otra parte, el PSOE cristaliza su giro hacia posiciones de derecha, asumiendo, incluso explícitamente, su renuncia a los planteamientos socialdemócratas. La oposición más fuerte a la política neoliberal la constituyen, sin lugar a dudas, las organizaciones sindicales, que cada vez de forma más consciente despliegan iniciativas generales, intentando obligar al Gobierno a no ser el mero ejecutor de las medidas que mejor convengan a las minorías privilegiadas.

El marco ideológico

Consecuentemente con el marco económico, social y político descrito, se extiende en nuestra sociedad una ideología que va a favorecer los intereses de los más poderosos.

Podemos decir que el argumento más difundido al respecto es el de hacer ver que únicamente con «el sacrificio de la sociedad» se podrá «ir saliendo de la crisis», haciendo

los ajustes necesarios que permitan nuevas inversiones, «creación de riqueza», «competitividad» y a partir de ahí, el ingreso definitivo de nuestro país en la órbita de la modernidad y en la sociedad del bienestar. Este planteamiento, con todo lo que conlleva, se ha introducido, mediante un trabajo de propaganda reiterado, en importantes sectores de nuestra población, incluso en muchos que se sitúan en la izquierda. Naturalmente, «el sacrificio de la sociedad» no es el sacrificio de unos pocos privilegiados sino el de la mayoría, que además de perder poder adquisitivo o estar en situación de paro o subempleo, sufrimos especialmente el deterioro de las condiciones de la sanidad, la vivienda o el transporte. La «salida de la crisis» se convierte en un concepto perfectamente maleable que permite en ocasiones hablar del éxito de la política del Gobierno («se está saliendo de la crisis») o seguir esgrimiéndolo para pedir nuevos sacrificios («estamos saliendo de la crisis, pero...»).

Como muestran especialmente los enfrentamientos que se están produciendo entre patronal y sindicatos en la actualidad, los grandes beneficios empresariales no llevan aparejado un reparto de la riqueza generada (3). Por otra parte, y como ya hemos señalado anteriormente, «la modernidad» y la «sociedad del bienestar» que se avecina tiende a ser más desigual y, por tanto, de disfrute de unos pocos.

La difusión de esta ideología se realiza fundamentalmente a través de los medios de comunicación. La evidencia de la realidad social, política y económica «no existe» para la mayoría de la población, que construye su propia realidad y sus propios esquemas de análisis de la misma, a partir de la imagen que los medios de comunicación le proporcionan.

Si hay un fenómeno de rápida evolución en los últimos años, en la sociedad internacional y en la nacional en particular, es el aumento de la presencia de los medios de comunicación en la vida de los ciudadanos. Paralelamente, y a un ritmo no menos vertiginoso, se produce la concentración del control de esos medios en manos de unos pocos sectores ligados a los grupos financieros de ámbito nacional o internacional (4). Al mismo tiempo, los medios de comunicación de titularidad pública se han convertido a pasos agigantados en medios «privados» en los que el Gobierno controla, día a día y hora a hora, la información que en ellos se da (5). Es también a través de estos medios como se difunden otros aspectos ideológicos complementarios con el anterior y que directa o indirectamente contribuyen a la difusión del «modelo de vida occidental» como el mejor y el único de los posibles. Pasaremos a comentar algunos de ellos.

Se anima, a través de una propaganda cada día más agresiva, a un exacerbado consumismo que se suele identificar con una idea de libertad individual. Parece como si la libertad consistiera en la posibilidad de consumir los múltiples productos que se nos ofrecen y elegir así el tipo de vida que decidamos (6).

El éxito se identifica, cada día más claramente, con el triunfo en los negocios, la obtención de dinero fácil y rápido, la competencia, la posibilidad de consumo consiguiente...

La cultura se convierte en una industria más que, libre de sus valores más críticos y comprometidos, se dirige a un mercado cada vez más amplio y más superficial en su acercamiento a ella, que además es sometido constantemente a una propaganda encubierta en favor de un consumismo de «usar y tirar» (7).

Cerca de la consideración de la cultura como consumo, aparece la ciencia y la tecnología, enormemente mitificadas. La ciencia es presentada como neutral y objetiva, al margen de intereses particulares y realizando enormes avances que permitirían en poco tiempo, a partir del desarrollo tecnológico consiguiente, el bienestar generalizado. Sin

embargo, buena parte de su papel es el de encubrir técnica y neutralmente las decisiones del poder más irracionales, encaminadas a desarrollar sus propios intereses (8).

Se difunde también una idea mitificada de las sociedades «avanzadas», identificándolas con algunas de los países europeos y con la norteamericana. Se oculta así la creciente desigualdad de sus estructuras, la existencia de cada vez mayores bolsas de pobreza y marginación, incluso, en algunas de ellas, la presencia de fenómenos de sobreexplotación de los emigrados, racismo, etcétera, así como el deterioro de la calidad de vida, la incultura y la presencia de un importante número de analfabetos (9).

Al mismo tiempo la propaganda ideológica llega a las esferas más individuales y personales. Se advierte en nuestra sociedad una creciente desvalorización del compromiso social individual, de la ética y del valor del trabajo honrado y constante que busca una satisfacción personal e intelectual más que del éxito social. Se tiende a separar, no vinculándolas en el análisis ni en la acción, la esfera de lo personal, lo profesional y lo social y político; habiendo caído en el olvido lo que podemos llamar una moral de izquierdas que se oponga a la «nueva moral» neocapitalista de la derecha.

Pero quizá uno de los rasgos ideológicos más generales de nuestra sociedad es su «cosificación». En contraposición con la idea de hombre individualmente libre que el poder difunde ligada a su capacidad de consumo, nuestra sociedad, en sus aspectos más generales, se nos presenta como un ser autónomo que evoluciona de forma independiente de nuestra voluntad y nos impone determinados comportamientos necesarios. Así la economía «se recalienta» o «se enfría», la inflación «se dispara», la sociedad camina hacia tal o cual sitio independientemente de nuestra voluntad, y por tanto no nos queda más remedio que obrar de una forma determinada y condicionada ya que a todos nos debe interesar lo mismo. La situación así planteada hace que el individuo sea un objeto, más que un sujeto respecto a los grandes temas económicos, sociales o políticos; mientras que su libertad de opción parece querer limitarse a las decisiones más triviales e individuales. El lenguaje tecnocrático juega un importante papel en este aspecto ideológico, haciendo que las decisiones acerca de los grandes temas sean cada vez más incomprensibles para los que no somos técnicos, incitando así a mantener una actitud pasiva y de sometimiento a sus conclusiones.

La dirección del autor es: Facultad de Filosofía, Psicología y Ciencias de la Educación. Aniceto Sela, s/n. 33005 Oviedo (Asturias). Tel.: (985) 10 32 32.

Notas

(1) Las diferencias de nivel en la cobertura al desempleo existente en nuestro país en relación con la mayoría de los países de la CEE es un dato significativo al respecto.

(2) El caso de Nicaragua es un buen ejemplo de los condicionamientos que puede imponer el Gobierno de EE.UU. Muchos otros países de Centro y Sudamérica sufren la misma falta de libertad real.

(3) El mejor ejemplo al respecto lo constituye el convenio de la banca que se ha negociado durante el 90, en el que la patronal se negaba a acceder a la petición del 7 por 100 de aumento salarial cuando sus beneficios confesados en el último ejercicio se sitúan cerca del 50 por ciento.

(4) Los periodistas italianos realizaron a principios de este año una huelga en contra del creciente monopolio de los medios de comunicación. En nuestro país basta con repasar la

lista de propietarios de las televisiones privadas, de la prensa escrita de la radio, para apreciar quién los controla.

(5) Podríamos señalar numerosos ejemplos de este control que el ejecutivo ejerce continuamente sobre los medios de comunicación. Cuando una noticia «inconveniente» se desliza en la edición de un noticiero, queda suprimida en la siguiente. Una muestra del control y manipulación informativa sin precedentes hasta aquel momento en TVE hay que situarla en la campaña del referéndum sobre la OTAN. Ante la posibilidad de que la postura del sí fuera derrotada en las urnas, se montó una entrevista con Gerardo Iglesias, secretario general del PCE por aquel entonces y partidario del no, que ha sido recogida por algunos manuales como ejemplo de manipulación informativa, contrastándola con la posterior a Felipe González. Dos de los periodistas que participaron en aquella entrevista son ahora, uno director de RNE y el otro de TVE.

(6) Un buen número de anuncios plantean esta idea explícitamente con frases como «móntatelo a tu manera» o «a u aire», «sé tú misma», etcétera.

(7) Cualquier suplemento cultural de los periódicos nos sirve para comprobar que la mayoría de los libros que se reseñan, las entrevistas a escritores o músicos, no son más que publicidad encubierta. Cualquier cantante de la CBS es un artista y sus recitales son cultura que se ofrece al pueblo, e incluso, se subvenciona... y ¡hasta la entrega de los Oscars es un acto cultural!

(8) El papel de la ciencia en nuestra sociedad ha sido planteado críticamente por Habermas entre otros; la tecnocracia es la ideología de una sociedad «cientifizada» como la nuestra.

(9) Pocos ciudadanos de nuestro país sabrán, por ejemplo, de los 60 millones de analfabetos o funcionalmente analfabetos que hay en USA; o de las condiciones infrahumanas de los trabajadores turcos en las grandes empresas multinacionales alemanas.